



EL

# CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

SUMARIO. Instruccion: por don A. Pirala.—La Velada de San Juan (poesia), por don J. A. Viedma.—Contra Soberbia Humildad (continuacion), por doña Robustiana Armiño de Cuesta.—Episodio Marítimo (conclusion), por don P. Ortega Rey.—Variedades: La Velada de San Juan en Sevilla, por Dulcamara.—Modas.—Explicacion del Figurin.

## INSTRUCCION.

*Consejos de una madre á su hijo, por la Marquesa de Lambert.*

Disculpan muchas personas sus propios defectos con las cualidades que les son características, como si esto les dispensára de cuidar de sí mismos. Tales génius tienen seguramente la desgracia de disgustar; porque olvidan que para agradar es preciso olvidarse de sí mismo, atraer á los otros á lo que les interesa, hacerles ver su mérito, hacerle valer, y concederles las cualidades que se les disputa. Entonces creen que uno les dá lo que el mundo les quita; y es en algun modo crear su mérito, elevarlo en el concepto de otros; pero cuidando no confundir este proceder con la adulacion.

Así se crean las buenas amistades; ese afecto que corrige los vicios de la sociedad, suaviza los génius altivos, humilla los vanos, y los pone en su lugar. Por eso, entre el tumulto del mundo, se debe tener un amigo seguro, que diga la verdad para atenderla, para corregir uno sus defectos, cosa que cuesta poco á los que hallan en sí con que poderlos enmendar. Nunca se ha hecho lo bastante, cuando se conoce que se podia hacer mas; y nadie sufre

con mas paciencia el ser reprendido, que el que merece mas ser alabado.

Mucho se debe tardar en elegir á un amigo, pero despues de elegido no se le debe olvidar jamás: su reputacion abona la nuestra, y responde por uno mismo, mitiga las penas, aumenta los placeres, y es un verdadero tesoro.

Es frecuente quejarse de la falta de amigos, y no se ponen sin embargo los medios para adquirirlos y conservarlos. La juventud trata por lo general con muchos, y rara vez tiene amigos. Las diversiones los junta, y no son ellas los lazos de la amistad.

Hay muchas veces necesidad en la vida de ceder uno de sus derechos y respetar los de los otros: jamás será feliz el que quiera serlo solo: en vez de preferirse uno á sí mismo, como lo exige el amor propio, se debe preferir á los demas. Por esto hay un amor propio natural, legítimo y arreglado por la justicia y la razon, y el otro vicioso y corrompido.

Los caractéres amables se avienen naturalmente con la virtud: los que no poseen aquel dón, deben aplicarse á conocer su verdadero interés, para corregir su mala inclinacion, enderezando así el corazon con el entendimiento.

No es solo el alma de la sociedad, sino una necesidad en todos, el deseo de la estimacion,



de esa mútua aprobacion que á todos lisonjea. De aquí esa política que tanto resalta en las grandes poblaciones; esa política que es la cualidad mas necesaria para el trato; que es el arte de poner por obra las atenciones exteriores, que no son nada en realidad, una imitacion de la hombría de bien, que presenta al hombre en lo exterior como debe ser en lo interior, y que se conoce en todo, en el modo, en la esplicacion, en las acciones. Hay una política del entendimiento, que consiste en los dichos agudos y finos, y la de atencion en hablar cortesmente, de un modo agradable.

Mas no se crea por esto reducida únicamente la política al trato civil y á los cumplimientos que el uso ha establecido: se dicen por costumbre, y se reciben sin agradecimiento. La política es verdaderamente un deseo de agradar á las personas con quienes uno está obligado á vivir, y procurar con ella contentar á todos; respeto al superior; estimacion al igual; bondad al inferior. Decir solo lo conveniente: hacer valer las buenas cualidades y que se las reconoce superioridad. El modo de agradar, es no hacer conocer la superioridad, sino ocultarla: la habilidad está en ser político y cumplir á poca costa. La sociedad no pide mas que las atenciones que agradan; y entre éstas, se halla ademas la de hablar poco de sí mismo.

Una division se presenta naturalmente en esta clase de política, y es la que se debe tener con la mujer, de la cual nos ocuparemos en el próximo artículo.—*A. Pirala.*

## LITERATURA.

### LA VELADA DE SAN JUAN.

#### I.

Noche azul, noche serena,  
en músicas y cantares  
volando el aire resuena  
las horas de la verbena  
á orillas del Manzanares.

Y ya envueltas en el manto,  
ya en el suelto rebocillo,  
damas de la villa encanto  
bajan la noche del santo  
á la fiesta del *Sotillo*.

Y allí entre las enramadas  
los vientos murmuradores  
de galanes y tapadas  
publican las ignoradas  
dulces querellas de amores.

#### II.

Oculto e: tre la espesura,  
intranquilo y recatado,  
doncel de noble apostura,  
quizá de amante aventura  
espera el momento ansiado.

Triste, inquieta, silenciosa,  
como las auras ligera,  
cual la noche misteriosa,  
tapada, gentil y hermosa  
va del río á la ribera.

Dama que así recatada,  
por una dueña seguida,  
baja al río á la velada,  
ó va de amores herida,  
ó por los celos guiada.

#### III.

Manzanares que murmuras  
entre verdes alamedas,  
tú que en las noches oscuras  
de cien y cien aventuras  
con los secretos te quedas:

Díme río que se hicieron  
la tapada y el galán,  
que soñando amor vinieron,  
y en tu seno se perdieron  
en la noche de San Juan.

Mas callas, y tu corriente  
silencioso precipitas;  
quizá por ser tan prudente  
te elijieron confidente  
los amantes en sus citas.

J. A. VIEDMA.



## CONTRA SOBERBIA HUMILDAD.

### SEGUNDA PARTE.

(Continuacion.)

Cinco días seguidos pasaron las dos amigas en los Boulevares, y cinco trajes á cual mas costosos habia ostentado Teresa en su elegante carruaje citado como modelo de buen gusto, por sus gallardos tiros y por la lujosa librea de sus lacayos, y para que se disipase por completo su reciente mal humor, en una de las vueltas del paseo, divisó el quinto día al elegante príncipe polaco, que la saludó públicamente pálido y conmovido, perdiéndose luego entre la multitud de carruajes que cruzaban los Boulevares.

Por aquel saludo, por aquella conmocion visible, hubiera dado Teresa un año de aquella vida de córte que tanto amaba.

Deslumbrada con la idea de atar al Príncipe al carro de su triunfo, segura de la docilidad de Mma. Roland, que se hubiera dejado llevar en carruaje hasta el mismo infierno, buscó y rebuscó al Príncipe para fascinarle con sus miradas, para obligarle á seguirla, porque Teresa, que como todos los advenedizos, recordaba á cada instante todo lo falso y equívoco de su posicion, temblaba de despecho al comparar el imperio que debia ejercer en los corazones la ilustre, la hermosa, la simpática María Paulina, princesa Borghese y hermana del Emperador, con el sensual, cuanto impuro sentimiento que podia inspirar una cortesana desconocida.

—¿Pero habeis visto Mma. Roland, la emocion que esperiméntó el Príncipe al divisarnos? (Esclamó al fin, no pudiendo contener por mas tiempo su loca vanidad.) ¡Oh, hubiera dado media vida porque aquel saludo se hubiese cruzado ante la verja de las Tullerias!

¡Pobres mujeres! en el momento en que el Príncipe movia su rico sombrero para saludar á Teresa, reconoció en el fondo de un carruaje sencillo y sin escudo á la hermosa reina Hortensia, que se encaminaba á las miserables bohordillas, donde llevaba diariamente por sí misma el santo pan de la limosna.

Los dulces ojos de la reina se fijaron en él con una espresion de lastima, que bastó para hacerle desaparecer momentáneamente de los Boulevares pálido y aturrido.

El Príncipe corrió á galope detrás del coche de la Reina, que se obstinaba en sostener el incógnito, la aguardó al pié de las encumbradas escaleras que la caritativa Reina se obstinaba en subir sola para no humillar con testigos á las personas que socorria, y la acompañó de vuelta hasta el patio de las Tullerias, con toda la asidua galanteria de un gentil-hombre de servicio.

—Venid! le dijo la Reina, con aquella sonrisa de ángel, peculiar á ella sola, me habeis acompañado á los asilos de la desgracia, y mereceis que la Emperatriz os nombre su limosnero particular.

El Príncipe y la Reina entraron en la suntuosa cámara de María Luisa.

Y en tanto, Teresa volvía con Mma. Roland á su casa, fatigada de dar vueltas por los Boulevares.

¡Pobres mujeres!

Ella ignoraba que el Príncipe lo debia todo á la familia imperial; todo, desde una generosa hospitalidad, hasta el gran puesto que ocupaba en la servidumbre del Emperador.

Habia llegado ya la víspera de la fiesta: el Hotel de Ville estaba entapizado y adornado con una magnificencia increíble. Cruzábanse incesantemente carruajes de la grandeza y del palacio imperial, transportando flores y adornos; corrían aquí y allí los dependientes de la municipalidad, y ardía París en entusiasmo nacional. Teresa pasó todo el día y toda la noche aguardando con ansiedad un billete de convite.... Nada. La aurora del día siguiente, que era el designado para la funcion, la sorprendió sin haber cerrado los ojos: al fin á las diez de la mañana se presentó un paje de la duquesa de Abrantes con un billete de convite, pero no un billete de los que repartian los pajes de Palacio, sino una invitacion particular de la duquesa, uno de esos mil y quinientos billetes que se repartieron en aquel día, para que mil quinientas personas obtuviesen la gracia de presenciar á vuelo de pájaro aquel célebre convite, pasando rápidamente por entre la mesa imperial y la primera fila de sillones, que estaban destinados á las damas de Palacio y á las mariscales del Imperio.

—¡Oh, esto no es una invitación! Esclamó Teresa roja de cólera. Esto es un burla... no... no... tampoco... es una venganza italiana.

Y se dejó caer sobre un camapé, pálida y desencajada como una muerta.

En efecto, era así. En el momento en que el Mayordomo mayor de palacio habia empezado á estender el billete de convite para la familia del general D... la graciosa Reina de Nápoles que se ha-



haba presente, le detuvo, tapando el billete con sus rosados dedos, cubiertos de sortijas.

—¿Os olvidais, amigo mío, de que el valiente general D... se halla en Viena y no tiene familia?

El Mayordomo mayor levantó la cabeza, como quien interroga, porque se acababan de despachar en presencia de la Reina varias invitaciones á dignatarios del Imperio, también ausentes, y que tampoco tenían familia, pero Mma. Murat acogió su pregunta con una mirada tan severa, que no atreviéndose á poner la menor resistencia en un asunto para él tan indiferente, murmuró como avergonzado.

—Ah! ¡teneis razon, gran señora!

Y prosiguió firmando las papeletas restantes.

La Reina en tanto habia cogido el billete, despedazándole distraidamente entre sus delicados dedos. Carolina acababa de vengar la ofensa que Maria Paulina habia recibido en casa de la princesa Medora.

Entonces fué cuando la duquesa de Abrantes, mudo testigo de aquella escena, envió á Teresa uno de los mil y quinientos billetes de que hemos hecho mencion.

Pasados algunos momentos de estupor, levantóse Teresa resuelta á presentarse á todo trance en el Hotel de Ville, y envió su coche á Mma. Roland para que viniese al momento.

—Iré, murmuró con voz ahogada luego que se vió sola de nuevo, iré!... ¡Habeis pensado arrancarme de su vista porque soy todavía jóven y hermosa.... Sí.... ¡hermosa!... añadió, poniéndose de pié ante una magnífica luna de Venecia, con toda la dignidad de una reina... Muy hermosa!... imbéciles! os habeis engañado! ¡iré.... le veré.... y buscaré hasta encontrar sus ojos entre... aunque este paso hubiese de costarme la vida.

## VII.

### UNA PÁGINA DEL IMPERIO.

- « Soberbias alfombras cubrian el suelo,
- » Del persa orgulloso magnífico dón,
- » Tallados sillones de azul terciopelo
- » Se vian de Flandes preciosa labor.
- » Cien lámparas de oro lucian pendientes
- » De la alta techumbre, y en torno se ven
- » Del muro alcatifas que en tintas rientes
- » Copiaron las flores del gayo y rjel.»

N. C. J.

La hora señalada para la gran ceremonia era la de las siete y media de la tarde, las calles de la car-

tera estaban desde muy temprano lujosamente tapizadas con ricas colgaduras, esmaltados tapices y frescas guirnaldas de olorosas flores: un gentío inmenso entorpecía el paso de las doradas carrozas y enjaezados caballos que formaban la comitiva imperial, y coreando alegremente á SS. MM. II. y al Rey de Roma.

En el momento en que repetidas salvas de artillería anunciaban la salida de SS. MM. de palacio, Teresa, que aguardaba ya en su coche á la entrada de las Casas Consistoriales, estuvo á punto de proponer á Mma. Roland que se volbiesen á casa, pretestando un fuerte dolor de cabeza.

Parecia que sentia desfallecer su ánimo á la idea de comparecer ante aquella corte tan deslumbradora como olvidadiza.

Pero en el momento en que sus labios iban á pronunciar aquella mentira, echó una mirada sobre su magnífico traje.

Era el mismo que habia deslumbrado tantos ojos en el baile de la princesa Medora... Teresa al vestirse para ir al Hotel de Ville, se vestia solo para el príncipe polaco; por eso llevaba el rico vestido sembrado de diamantes, el mismo prendido, los mismos brazaletes, dignos de adornar el brazo de una reina. Aquella idea le volvió todo su valor, y aunque un grito de remordimiento se alzaba en su conciencia, que condenaba su liviana conducta, recordó que el general estaba de muy mal humor el día de su partida, que el Príncipe estaba en el banquete imperial, y que su espléndido traje, su juventud y su hermosura, podian muy bien merecer una mirada.... un saludo tal vez, ¿y cómo reñunciar al honroso triunfo de un saludo hecho á los ojos de Paulina Bonaparte?

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

## EPISODIO MARITIMO.

(Conclusion.)

Entregado yo á mis meditaciones y pensando en Marietta estaba recostado sobre la murada cuando aquella se apareció á mi lado. Vestia un traje de seda azul sujeto á la cintura por anchos lazos rosados. Su negra cabellera caía en sortijada hasta tocar con su torneada garganta. De sus negros y apasionados ojos se desprendian rayos de pureza y de amor.



Parecía una de esas fantásticas creaciones á las que el hombre da forma en sus delirantes sueños. Yo la tomé por el ángel calmador de las borrascas.

—Qué hermoso y que puro es el cielo de mi patria, verdad Francisco? me dijo Marietta.

—Oh! muy hermoso; tanto casi como vuestro rostro: tan puro como vuestra alma.

Callamos. Largo tiempo estuvimos contemplándonos en silencio. Despues miramos al firmamento, y otra vez nuestros ojos volvieron á encontrarse. Queríamos hablar y las palabras espiraban antes que saliesen de nuestra boca. Embargadas nuestras facultades, el corazon solo tenia vida, queriendo romper con sus precipitados latidos las cárceles que le oprimian. Momentos gratísimos y de dulce arrobamiento; esos que se pisan al lado de la mujer querida; en los que cada mirada espresa un poema de ventura y de amor, en los que las almas se acercan y se confunden, y se hablan y se comprenden, en los que cada instante es un año de vida, y cada año de vida un instante de placer.

Nuevamente Marietta levantó sus ojos al cielo. Entonces, cogiendo entre las mías sus manos:

—María, la dije, en nombre de ese cielo cuya pureza se refleja en tu rostro, en la presencia de Dios que á través de ese cielo nos mira y nos escucha, yo te amo.

—Y yo juro por Dios y por la salvacion de mi alma corresponder fielmente á tu amor; juro no ser de otro sino tuya, y que el desprecio de los hombres y la maldicion del Eterno caiga sobre mí sino cumplo mi juramento.

Imposible me seria dar una idea ni aun aproximada de la alegría, del placer, de la dulcísima sensación que las palabras de Marietta produjeron en mí.

El ámbito de la tierra, la inmensidad de los mares, el espacio entero, no eran campo suficiente para contener la satisfacción de que mi alma se encontraba llena. Ofuscado, ebrio por el gozo, desconocido á mí mismo, ante mi vista se presentaba un nuevo mundo, gigante en sus formas, bello en sus matices, hermoso en sus atractivos seductores.

El panorama risueño que mis ojos descubrían, me presentaba á Marietta bajo mil formas, todas distintas, pero encantadoras todas.

Los cetos de los reyes, los tesoros juntos de los poderosos no valían tanto para mí como el mas pequeño átomo del tesoro que yo desde aquel momento poseía.

Oh! instantes dichosos de felicidad suprema que

marcasteis el principio de mi vida, yo os bendigo.

A los pocos dias llegamos á Nápoles. Allí supe que los padres de María sin contar con el asentimiento de ésta habian ofrecido su mano á un banquero genovés.

—Qué hacemos ahora? dije yo á María.

—Soy tuya, dispon de mí; fué su contestacion.

Soy pobre, María. La vida del mar no produce para sostenerte con el rango que mereces y que las riquezas del genovés pueden darte. Conmigo te aguardan la escasez, los sufrimientos, las privaciones, la miseria quizá. Si yo fuese rico disputaria tu mano á mi rival. Por lo mucho que te amo, porque antes que la mia deseo tu felicidad, te devuelvo tu palabra —María, desde este momento quedas libre de tu juramento

—Los tesoros que yo ambiciono son tu corazon y tu amor; dispon de mí.

Caí de rodillas á los piés de aquella mujer, que con abnegacion tan heroica sacrificaba un porvenir brillante al amor de un oscuro marinero.

No encontrando otro remedio á nuestra desesperada situacion, Marietta se fugó de la casa de sus padres, y un religioso español que se habia embarcado en el *Brillante* para volver á España, bendijo en secreto nuestra union.

Al tener noticia de este hecho los padres de María, la despojaron de la rica herencia, que como hija única la pertenecía.

Salimos de Nápoles y llegamos á San Sebastian, adonde el *Brillante* iba consignado, y en cuya poblacion tenia yo algunos parientes lejanos. Allí, al lado de mi querida María, en la mas dulce calma, en la dicha mas completa y en la mas pura satisfaccion, pasé ocho meses esperando que concluyera la construccion de un buque, cuyo armador me habia ofrecido en él la plaza de piloto. Pero la conclusion del buque se retrasaba, y nuestros cortos recursos se habian agotado.

No encontrando viaje como piloto, y deseando trabajar para atender á la subsistencia de María, me embarqué de simple marinero en esta fragata, que como sabeis salio de San Sebastian para la Habana. En los dos meses que la *Perla* ha permanecido en la capital de Cuba he recibido carta de mi esposa, en la que me anuncia que el cielo ha bendecido nuestra union haciéndome padre de una hermosa niña, y que listo ya el buque, cuya segunda plaza se me tiene ofrecida, solo espera mi llegada para darse á la vela.

Ahora comprendereis porqué han llorado mis



ojos al escuchar y al conocer que para nosotros no hay salvacion posible si Dios no se apiada de nuestra situacion.

En el momento en que mi dicha la veo colmada con el nacimiento de una hija; cuando la subsistencia de mi familia la tengo asegurada, porque dentro de muy poco tiempo yo me quedaria de capitán del buque; cuando veo cercano el momento de estrechar entre mis brazos á mi adorada María; cuando yo estaba loco de júbilo porque soy padre, y porque iba á conocer, y á besar, y á sonreír al fruto de mi amor, hé aquí que los elementos se conjuran contra tanta felicidad. y que con fatídica voz me dicen: —Temerario, no goces anticipadamente en tu dicha porque nosotros podemos reducirla á polvo. — Ah! esto es horrible!

—Dios es grande y misericordioso, le dije; confiemos en su bondad.

La tempestad continuaba. Un horrendo bramido del huracan pasó tronchando la verga del juanete de popa. El jóven y enamorado marinero fué uno de los designados por el contramaestre para subir á componerla. Estando en la operacion con otro de sus compañeros, una violenta sacudida del buque les hizo perder el estribo, arrojándolos á larga distancia entre las ondas. Uno de ellos, el que mas inmediato cayó del buque pudo ser recogido por los marineros de la *Perta*. El otro, batido con fuerza por el choque de las aguas y en la oscuridad de la noche no pudo recibir auxilio, y al poco tiempo, alumbrado por la rojiza luz de un relámpago, vimos flotar su cadáver sobre las espumosas crestas de las olas.

El desventurado esposo de Marietta fué quien unido al rico tesoro de su amor y sus esperanzas encontró su sepultura en las aguas del Bahama.

P. ORTIGA REV.

## VARIEDADES.

### LA VELADA DE SAN JUAN EN SEVILLA.

#### I.

La escena es en la calle de Trajano, y en la Alameda de Hércules (vulgo la Vieja.) Puestos de juguetes, pitos y otras zaraudajas, que están diciendo compradme; idem de turrón, avellanas, buñuelos, dulces y frutas, que dicen comedme; en

último término sombrías é inmensas calles de álamos que gritan á los enamorados: *gozadme*.

*Interlocutores.* Todos los habitantes de la hermosa capital de Andalucía, sin distincion de clases, edades, sexos ni condiciones.

*Una voz.* ¡Avellanas que saben á cocos!

*Otra.* ¡Turrón de Alicante y alfajor de las monjas de Ecija!

*Otra.* ¡Almendraos y rosquetes... á ochavo! ¡Suspiritos de canela!

*Otra.* Agua como la nieve!... fria!

Una gitana tirando de la levita á un Otelo que da el brazo á su Edelmira.

—Entre vd. señorito en este palacio (señalando á su tienda), que tengo yo un altar pá esa princesa:

—No; no, á la vuelta.

—Misté que la alamea es mu larga y se va vd. á esmayá.... Entre vd. jermoso, que pá enamorá no es güeno tené el estómago como cañon de órgano en bautismo.

—Suelte vd.

—¡Ave María Purísima! Vaya señó, por la salud de esa jembra! Que tiene vd. la cara de ser mas rumboso que el archipámpano é las Indias. Tome vd. siquiera una librita de guñuelos con azúcar....

—No.

—Con chocolate?

—Tampoco.

—Pues con qué? Eche vd. por esa boca que será medida.

(*Edelmira comprendiendo el apuro de su Otelo y desviando á la gitana.*)

—¿No se le ha dicho á vd. ya que no?

(*La gitana desviándose.*)

—¡Ay la señorita que paese un espárrago triguero! ¡Qué no le salgan telarañas en el gañote!

—*Un vendedor.* Eh! eh! señorito! Traiga vd. acá el pañuelo. De valde doy las avellanas.

*Treinta voces á la vez.* Aquí, don José. ¡Avellanas que saben á coco!

*Otras treinta.* Almendraos y rosquetes, á ochavo! ¡Suspiritos é canela.

*Media Galicia.* ¡Agua como la nieve.... fria!

—Piii.... Sinfonia de pitos.

—Chráááás.... Crojido desapacible de las carrañacas....

*Otelo.* Jesús! ¡Qué ruido tan infernal! esto



no puede sufrirse. Esta atmósfera asfixia.... no se puede dar un paso.

*Edelmira.* Si te lo dije. No sé como haya quien le guste la velada...

(*Un macareno pisando con disimulo el pié de una vieja.*)

—Señora! ¿No sabe vd. andar?

*La vieja pisada.* ¡Jesús qué bárbaro?

(Esta exclamacion se recibe con una salva de risas. La vieja sigue lanzando improperios que se pierden entre los gritos de los vendedores.)

## II.

*Un Majo á una Maja.* Vaya vd. con Dios, salero, que tiene vd. la calle empedrá é corazonnes, y el suyo é piedras.

*La Maja.* Porque se pué.

*El Majo.* Olé! Viva la gracia! Sabe vd. que siempre me han gustáo las mosas netas.

*La Maja.* De veras?

*El Majo.* Algo. Con qué.... hé? Me paese que mas claro no puée uno esplicarse.

*La Maja.* Si yo tengo una discursiva muy corta.

*El Majo.* Como va Vd. metiendo mas ruido que la campana gorda.

*La Maja.* ¿Y usted por qué acue?

*El Majo.* Porque yo soy un guen cristiano.

*La Maja.* ¿Se pué creé?

*El Majo.* Como que yo lo digo.

*La Maja.* Já, já! Me paese que Vd. á oio campanas sin sabé aonde.

*El Majo.* Es disi.....

*La Maja.* Que no pué sé.

*El Majo.* ¡Viva la gracia! y zalú. Se me lleva usted el alma liá en esos faralares.

## III.

*Canto en una taberna al són de una guitarra.*

El corazon lo tengo  
como una almendra;  
tírale tu un bocao  
mas que me duela.

¡Anda, salero!

¡Muerde, que soy mas dulce  
que un caramelo!

—Olá! Aquí se canta y se baila: escuchemos.  
—¡Bien por la gente é mi tierra y las mozas é rumbo!

—Haga usted el favó de no usá de ritóricas con esa jembra.

—¿Y quién lo manda?

—Este nene.

—Valiente cosa!

—¡Chás! Argumentos de manos con aplicacion al rostro. Navajas en escena; sensacion general.

—Curro! Curro!

—¡Joselillo!

—¡Qué se matan!

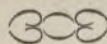
—¡A la guardia! A la guardia!....

*Resúmen.* Algunos soldados en movimiento; algunas mesas rodando, algunos vasos y botellas menos; un escándalo, y dos amigos mas.

## IV.

La noche se pasa reproduciéndose escenas de esta especie, mas ó menos descoloridas, pero las mismas en esencia; con la primera luz del alba se retiran los concurrentes á la velada; cierran las niñas las ventanas en donde han pasado la noche tomando dulces y *pelando la pava*; los guarismos de la estadística amorosa se multiplican hasta el infinito; verdad es que estos amores suelen hallar su sepulcro donde hallaron su cuna: pero no por esto deja la costumbre de hacer prosélitos. Tambien yo, amables lectoras, *he pelado la pava* en esas noches de insomnio y de poesia, de algazara y de amores; tambien yo he pasado horas enteras al pié de una ventana pendiente de las embriagadoras palabras de Carolina, de esa niña que mora á las orillas del Bétis, pura como las auras de aquellos campos, risueña como el murmullo de aquellas alamedas: desde entonces han pasado algunas veladas de San Juan sin que yo, siempre desvelado, haya podido dormir aquel recuerdo: yo amé en la *velada de Sevilla* y sigo amando en la *verbena de Madrid*: vosotras, lectoras, que á fuer de bellas sereis entendidas en amores, sabreis decirme si por desgracia ó por fortuna.

DULCAMARA.





## MODAS.

La Moda de verano, si ha de ser de una sencillez elegante, requiere trajes lijeros, como las mariposas, variados como las flores. Esta sencillez, que parece económica, es sin embargo mas costosa que la suntuosidad del invierno. En verano se necesita mas variedad de trajes, y estos trajes viven lo que las flores... un día.

Nuestras elegantes se desconsuelan por la poca variedad que ofrece la Moda.—Siempre volantes.—¿Ignoran acaso que cada moda en las manos de una modista hábil es un filon inagotable que presta abundante materia para diferentes combinaciones?

Supongamos un surtido de seis trajes de volantes, y Mma. Camila los dispondrá de manera que sean completamente diferentes.

Figurémonos el primero de grós color de rosa, con tres volantes de lo mismo: un plegado menudo de cinta color de rosa, con labradito blanco y negro en sus orillas, cubre la mitad del volante, y estos rizados van guarnecidos de puntilla de blonda negra y blanca, con un efecto delicioso.

Otro mas sencillo, de grós color gris, llevará cinco volantes picados, con un rizado de cinta que forma cabeza: el cuerpo escotado y de berta.

El tercero, para baile, será de tul de ilusión, blanco: la falda con tres volantes, de mucho vuelo, sembrados de hojas de crespon verde: el cuerpo escotado y la manga corta, llevarán adornos correspondientes.

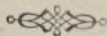
El cuarto de muselina de Nápoles, con tres volantes, sin mas adorno que un jareton: cuerpo alto y con aldeta.

El quinto es de gasa de China, verde, la falda lleva dos grandes volantes que forman una doble túnica: cada volante tiene tres órdenes de rizados de tafetan verde, picados á máquina, puestos en figura de greca.

El último de muselina blanca: la falda lleva seis órdenes de guarniciones de encaje de Valencienas: cada uno de estos volantes va coronado de un jareton de muselina, hueco y plegado, por cuyo centro se pasa una cinta color de lila: la manga es corta y con los mismos adornos. La moda actual va reduciendo la manga á su última expresión: hay vestidos que no las llevan, reemplazándolas con huecos de tul blanco, ó de tarlatana, ó con cintas de diferentes disposiciones.

Escusado es decir que en todo traje los adornos deben guardar armonía en todas sus partes.

AURORA PEREZ MIRON.



## Explicacion del Figurin.

FIG. 1.<sup>a</sup> *Traje de casa.* Vestido de muselina lisa. El cuerpo interior es de tafetan blanco, completamente escotado en redondo: sobre éste va el de muselina, menos escotado, y de forma casi cuadrada en el pecho. El cuerpo bien entallado, no lleva aldeta ni cinturón: tres lazos de cinta, color de malva, adornan el pecho: el último colocado en la cintura, lleva cabos flotantes. A la orilla del escote se coloca un follado de muselina, puesto entre dos guarniciones de encaje, un poco fruncidas la una hácia arriba y la otra hácia abajo: otro adorno igual sale del segundo lazo del pecho y sigue la misma direccion hasta el hombro, continuando como el anterior en forma redonda por detrás: una guarnicion de encaje guarnece el escote, y otra, puesta debajo del último follado da á este adorno la forma de una berta. La manga es lisa, en su parte superior, en donde va adornada con cintitas, del color de la del pecho, formando presillas: sigue luego un hueco, sujeto con un puño liso, que lleva tambien lacitos de cinta: despues otro hueco un poco mayor y dos volantes, el uno mayor, es recto y guarnecido de una puntilla; el otro mas pequeño, es de picos, guarnecidos tambien de encaje. Entre el último hueco y los volantes flotan cintitas correspondientes. La falda, que tiene cuatro varas de vuelo, va guarnecida de seis volantes, con vara y tercia de vuelo mas que la falda: el primer volante nace de la cintura y va cortado en grandes picos, guarnecidos de un encaje de cuatro centímetros: el segundo, recto, lleva otro encaje, un centimetro mas ancho. Los otros cuatro volantes siguen el mismo orden.

FIG. 2.<sup>a</sup> *Traje de paseo.*—Vestido de grós blanco, con cuadritos negros, muy menudos: el cuerpo, entallado y sin aldeta, va completamente cerrado en el pecho con botoncitos de seda negra. Falda lisa, y manga de huecos.

*Manteleta* de tafetan negro, su fondo estrecho, en punta, y bordado de seda: las orillas festoneadas, en ondas muy pequeñas: guarnicion de blonda ó encaje, muy ancha.

*Sombrero* de paja belga, guarnecido de blonda, flores y cinta escocesa blanca y azul. La copa es lisa y pequeña: el bavolet se compone de cinta escocesa, que se continúa para atar el sombrero, con un efecto nuevo y gracioso.